

EL ANGEL DEL HOGAR,

PAGINAS DE LA FAMILIA.

Revista semanal de literatura, educacion, modas, teatros, salones y toda clase de labores de inmediata y reconocida utilidad.

EJEMPLOS MORALES, INSTRUCCION Y AGRADABLE RECREO PARA LAS SEÑORITAS.

Bajo la direccion de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Sumario. — *Hija, esposa y madre*, continuacion, por María del Pilar Sinués de Marco. — *La playa de Santúcar*, por D. Narciso Campillo. — *Modestia y vanidad*, conclusioa, por María del Pilar Sinués de Marco. — *Lorenza*, por D. José Muñoz y Gaviria. — *Revista de teatros*, por una madre de familia. — *Esplicacion y aplicacion del figurin.* — LAMINA. Un figurin.

HIJA, ESPOSA Y MADRE.

CARTAS DEDICADAS A LA MUJER ACERCA DE SUS DEBERES PARA CON LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD.

PARTE PRIMERA.

HIJA.

(Continuacion).

V.

MÉLIDA Á VALENTINA.

¿Es posible que estés tan enferma, querida amiga mia, y que lo estés por tu gusto? es posible que no sepas hacer un esfuerzo sobre tí misma para consolar á tus padres, que te aman y sufren con tus penas, con tu falta de conformidad?

Yo he salido tambien de casa de madame Honoria: me halló en la de mi madre hace tres dias, y no estoy ya á tu lado, porque una ligera indisposicion ha retardado mi viaje: tambien yo sentí dejar á nuestra amable directora, á nuestras compañeras: pero, fuerza me es decirlo, sin que por eso creas que mis palabras envuelven una acusacion á tí: lo he sentido de otro modo que tú.

¡Dios mio! si mi buena y sensible mamá me hubiera visto hacer estremos de dolor, se hubiera muerto de pena! ¡hubiera pensado que no la queria tanto á ella como á Mme. Honoria, y hubiera tenido razon en creerlo así!

¡No, no, Valentina! ¡lo que mas se debe querer en el mundo son unos buenos padres!

Año I. — NÚM. 15.

como dice el señor cura de San Luis, que era muy amigo de mi padre y que hoy aun visita con mucho cariño nuestra casa: todo se puede hallar de nuevo sobre la tierra, menos padre y madre!

Cuando yo dije á Mme. Honoria lo que te habia afligido el salir de su casa, ¿sabes lo que me respondió con el semblante muy triste?

—Mucho me halagaria ese cariño que Valentina ha tomado á la pension, si en él tuviera menos parte la vanidad; pero por nada del mundo querria, que sus padres me culpasen á mí de la indiferencia de su hija.

Vamos claros, Valentina, y deja que te diga la verdad que yo sola sé: la verdad es, que tú eras bastante coqueta, y que te agradaba ver y ser vista: que eras dichosa al oír que te decian en la calle, al pasar de nuestra directora y conmigo, por delante de algun sitio concurrido, en el prado por las tardecitas del verano, ó al lado de nuestro palco cuando nos llevaban al teatro: — ¡qué linda es! ¡no hay en la pension de madame Honoria criatura mas preciosa!

En esto tenian mucha razon, y nadie como yo ha admirado tu belleza que es encantadora: tu tez me ha parecido siempre mas blanca y delicada que las azucenas, tus negros ojos, dos estrellas: tu cabello castaño era la envidia de todas: tu talle el mas elegante y delicado: ¡cuántas envidias causabas! Y ahora, mi pobre Valentina, cuánto debes sufrir, amando tanto el incienso y la adulacion!

Quisiera estar en tu lugar, y que tú estuvieras en el mio, ya que te halagá y satisface todo aquello de que yo hago tan poco, ó por mejor decir, tan ningun caso; pero ¿qué digo? ¡no, no! por nada del mundo quisiera yo dejar de ser la hija de la caritativa, dulce y tierna señora á quien debo el ser, ni la hermana de Clara, de esa Clara, á la que tanto culpan, y que sin embargo tanto vale.

¡Ay Valentina! al tocar este punto, mi corazon llora amargamente. ¡Clara desterrada, MADRID 24 DE ABRIL DE 1864.

castigada, lejos de nuestro lado! ¡y por qué! por una falta inspirada solo por la fría y vacía vanidad! porque quiso tener novio siendo aun niña; porque escuchó para conseguirlo, á un hombre que no era digno de ella ni por su posición ni por su cuna.

Valentina, ya sabes que soy reflexiva por naturaleza y poco alegre: y muchas veces estoy pensando á mis solas con profundo dolor, que mi amiga y mi hermana son desgraciadas por haber dado cabida á la vanidad.

Si cuando yo esté ahí contigo, que espero será muy pronto, pudiéramos llevarnos á Clara con nosotras, ¡qué feliz sería yo! la pobre no escribe á mamá pidiéndola que levante su destierro porque es muy orgullosa; pero á mí si me escribe y me dice ¡que es muy desgraciada. ¡Pobre hermana mia! ella tambien era muy hermosa! ella y tú érais la admiración de todos, y yo era dichosa cuando os elogiaban!

Pero volvamos á tí, mi pobre amiga: á tí, triste y enferma: mañana salgo para ir á tu lado, con una señora amiga de mamá, que tiene cerca de ese pueblo una bella casa de campo: dentro de pocos dias estaré al lado tuyo, y quizá consiga yo persuadirte, de que la vida no es tan triste, ni aun en Urrea como tú la ves; en todas las cosas, Valentina mia, hay que buscar el lado mejor, porque buscando el peor acusamos tácitamente á Dios, aclamándole injusto, y como haciéndole responsable de nuestros injustos dolores.

Oye una cosa que te voy á contar, como un ejemplo vivo, ya que por mi juventud y mi ignorancia no puedo darte consejos que te convengan.

Despues que tú te marchaste dejándonos tan triste, vino un dia á pedir limosna á la puerta de la pension una chica como de doce años, tan fea y contrahecha que daba miedo: justamente llegó á la caída de una hermosa tarde, que iba yo á salir con Mme. Honoria á dar un paseo; ella iba á tirar del cordón de la campanilla al abrir nosotras la puerta, y casi me sobrecogí de horror á su aspecto.

—¡Señoras, una limosna por el amor de Dios! exclamó, estendiendo su mano grande para su edad, seca y fría, como la piel de un reptil.

Yo habia visto entre tanto que era jorobada, y sus facciones toscas y grandes, eran el tipo mas acabado de la deformidad: tenia la nariz chata, la frente abultada, la boca torcida: solo dos hermosos y rasgados ojos garzos hacian tolerar su deformidad: y era lo mas extraño que aquellos ojos alumbraban con rayos de plácido gozo la extrema fealdad de la pobre muchacha.

—¡Es una niña! dijo Mme. Honoria con pena: acércate, añadió, y dime como te llamas.

La muchacha se acercó: cojeaba de una ma-

nera lastimosa, porque tenia una pierna mucho mas corta que la otra.

—Me llamo Petra, respondió con dulzura.

—¿Tienes padres?

—Madre solo, y está baldada y enferma.

Una lágrima se desprendió de los hermosos ojos de Petrita, cuya edad parecia no pasar de los doce años.

—Mélida, dijo Mme. Honoria; ¿quiere usted cambiar su paseo, por una visita á casa de esta pobrecita?

—¡Oh, sí señora! contesté.

—Vamos pues: daremos antes un pedazo de pan á esta niña, y luego nos acompañará á ver á su madre.

Petra entró con nosotras cojeando, y yo misma fui á traerle un pedazo de pan, y un trozo de carne asada: luego salimos las tres, y ya era cerca del anochecer, cuando llegamos á una misera buhardilla del Avapies, situada bajo el tejado, y en la que es taba tendida sobre un jergon la madre de Petra.

¡Ah, Valentina! si mirásemos á los que son mas desgraciados que nosotros, jamás nos quejaríamos de nuestra suerte! ¿por qué nos complacemos en atormentarnos mirando siempre á los que viven y se mueren en una esfera mas brillante y mas hermosa?

Te contaré lo que ví, y cuando lo sepas, darás á Dios mil y mil gracias de haberte hecho tan dichosa, á pesar de lo mucho que te quejas de tu suerte.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LA PLAYA DE SANLÚCAR.

Los que buscáis un cielo de espléndidos colores.
De sol ardiente y puro, de luna virginal,
Un delicioso viento que murmurando amores
Os hable y acaricie con vuelo desigual:
Los que vivís soñando regiones de armonía,
Mansiones de belleza fantástica, ideal,
Venid adonde luce con mas fulgor el dia,
Donde enlazados crecen los mirtos y el rosal.

Aquí las plantas florecen solas,
Aquí tranquilas vienen las olas
Llenas de conchas y de coral.
Aquí es perfume todo el espacio:
De la natura templo y palacio
Todo respira luz inmortal.

Alma, mi alma, dime,
¿Por qué suspiras?
¿Tal vez embelesada
Sueñas, deliras?
¡Oh pensamientos!
Como se van las hojas
Id con los vientos.

De la estendida playa por la menuda arena
 Donde las aguas gimen con espirante son,
 Donde el sol mas dorado, la noche mas serena
 Endulzan los pesares del triste corazon;

Mirad de cien hermosas el pié desnudo y breve,
 Mirad de sus cabellos la airosa ondulacion,
 Y el mar, que al recibirlas, entona blando y leve
 Con plácidos murmullos suavísima cancion.

Ellas mas blancas que las espumas,
 Libres cual aves de raudas plumas
 Que el vuelo tienden á otra region;
 Nadando rien, juegan nadando:
 Las besa el aura que va pasando,
 Les dan las nubes su pabellon.

Desplega el ancha vela
 Cual fugitivo;
 Si tardas, navegante,
 Quedas cautivo.
 Naturaleza
 Irresistible encanto
 Dió á la belleza.

Dejando atrás de Córdoba las palmas orientales,
 Dejando de Sevilla los olmos y el laurel,
 A reclinar te llegas, oh Bétis, en corales
 En este de Sanlúcar espléndido vergel.

Su playa te recibe con amoroso seno,
 El mar sale á buscarte, su mágico dosel
 Te brinda un firmamento magnífico y sereno,
 Que no oscurece nunca la tempestad cruel.

Playa dichosa, playa querida,
 Como la abeja por la florida
 Pradera busca rojo clavel;
 Así te busca siempre el poeta,
 Y de su génio la llama inquieta
 Si antes dormía, despierta en él.

Porque en tí, playa hermosa,
 Playa divina,
 Es el sol mas fulgente
 Cuando declina.
 Son mas suaves
 Aguas, flores y luces,
 Vientos y aves.

Para que nunca fuese que el férvido Océano
 Sañudo te inundará con olas mil y mil,
 Te coronó de rocas la Omnipotente mano,
 Que guardan el tesoro de tu beldad gentil.

En ellas leen las aguas las sempiternas leyes
 Grabadas hondamente con místico buril:
 Las esculpió quien hizo con un soplo los reyes,
 Quién dió existencia al caos y lluvias al abril.

Luego los hombres que te admiraron,
 Astro de gloria, Luz te llamaron
 Perla sin mancha de polvo vil.
 Y en tí fijaron templo y morada
 Y tú seguistes engalanada
 Tan hechicera, tan juvenil.

Génios de los placeres,
 Paradis el vuelo;
 Si buscáis bellas tierras,
 Este es el cielo.
 Ciel o que inspira
 Al corazon amores,
 Fuego á la lira.

NARCISO CAMPILLO.

(Sanlúcar de Barrameda.)

MODESTIA Y VANIDAD.

(Conclusion).

—¡Ah, cuán buena y encantadora eres! exclamó Elena sin poder reprimir sus lágrimas y abrazando á su amiga: sí, yo escribiré á mi ingrato esposo, y lo haré solo por tí! cuánto mejor que yo has escogido tú marido, y cuánto mas dichosa eres! y yo que te compadecia, que me burlaba de tí! cuánto me ha cegado la vanidad y qué desdichada me ha hecho!

—Elena mia, repuso Susana, estrechando las manos de su amiga: no llores, eso que tú llamas tu gran infortunio, tiene remedio: todo consiste en mil pequeñeces que levantan una negra montaña en el horizonte conyugal: vivid á nuestro lado algunos dias tu esposo y tú, y aprenderéis la ciencia de ser dichosos, que consisté en contentarse con poco, en no ambicionar mas de lo que se posee, y en una mútua y anable tolerancia.

VII.

Mme. Rivière se separó de su amiga, y bajó á encontrar á su esposo: le halló en el jardin, y paseándose, segun cada tarde tenia de costumbre, en una larga calle de tilos.

Mr. Rivière pasó el brazo de su mujer bajo el suyo, y entabló con ella una de esas dulces conversaciones de los esposos que se comprenden y se aman: le habló de la hermosa tarde que hacia, de lo feliz que aquel dia habia sido, de las ventajosas ventas que habia llevado á cabo: pero al ver que Susana no le respondia, la miró y la halló abatida y triste.

—Susana! exclamó: ¿qué tienes? ¡ah! ya lo adivino! tú vienes de hablar con tu querida parisien: la conversacion habrá versado sobre bailes, teatros, conciertos... y esto te habrá entristecido! Pues bien, Susana mia, yo te llevaré en mi próximo viaje, y estarás tres ó cuatro meses en París: ¿es esto lo que deseas? ¿estás contenta?

En aquel instante mismo, un grillo oculto en la yerba, dejó oír su triste y monótono canto.

—Escucha, amigo mio, dijo Susana: escucha al grillo, que se encarga de responder por mí, y que dice,—acuérdate de esta dulce leccion del fabulista:

«Cuesta muy caro el brillar en el mundo:
 para vivir felices, es preciso ocultarse.»

FIN.

(Arreglo del francés).

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

LORENZA.

I.

La criada.

—No puedo tenerme en pié. ¡Es demasiado!
¡Me va á hacer morir de pena!

Esta exclamacion, cuyo acento anunciaba una mezcla de cólera y de dolor, era proferida por una mujer de cierta edad, modestamente vestida, que parecia una doncella de buena casa. Una jóven que trabajaba á su lado, cerca de una ventana, se levantó alarmada, y diciendo:

—¡Dios mio! ¡Qué teneis, madre mia?

—¡Que qué tengo! Lo que tengo todos los dias. Isela desconoce mis servicios: es dura, altiva, desdeñosa conmigo, ¡conmigo, su nodriza!

—Pero, madre mia, la señorita os quiere; tenemos buenos amos.

—Acabo de peinarla; no me ha dirigido ni una palabra... he querido decirle una expresion de cariño, y no la ha escuchado... únicamente al salir con el corazon oprimido, me ha llamado y me ha dicho: «Ana, necesito mi vestido de crespon para esta noche; diga usted á Lorenza que me lo traiga.»

—Aquí está... Estoy poniéndola el último lazo... Pero, madre, yo no veo lo que ha podido afligiros...

—Te digo que todo. ¡No soy yo su nodriza? ¡No deberia amarme, acariciarme?... Jamás piensan en mí.

—Pero, mi querida madre, respondió la jóven poniéndose de rodillas cerca de la doncella, cuyos suspiros y sollozos revelaban un dolor demasiado largo tiempo contenido; yo jamás he notado que la señorita Isela os haya faltado á las consideraciones que os debe; y en todo caso, ella no es mas que vuestra hija de leche... y yo soy vuestra hija: yo os amo... sois todo para mí; y si no dais gusto á la condesa, podremos marcharnos á otra parte... Trabajaré, no os faltará nada, y nada me faltará á mí en tanto que esté á vuestro lado.

Mientras que así hablaba con una voz conmovida y dulce, la doncella fijaba una larga mirada sobre aquella hermosa cabeza, inclinada sobre su pecho; empero, en aquella mirada no habia ni calor ni ternura; estaba ausente de ella el alma; el alma vagaba por otra parte... Se desprendió lentamente de las manos de Lorenza, se levantó, y le dijo:

—Tú no puedes comprender lo que es la ternura de una nodriza para la criatura que ha mecido en sus rodillas y ha alimentado con su leche... ¡Nadie lo sabe! ¡Ah, si Isela quisiese!...

Callóse: Lorenza volvió á sentarse suspiran-

do, y acabó de arreglar el vestido de crespon de rosa. Cuando hubo pegado el último lazo, miró á su madre, y dijo timidamente.

—Voy á llevarlo á la señorita.

—No, dijo Ana, dámele; yo iré.

Miró el vestido con atencion; quitó cuidadosamente los filachos de seda encarnada que habia en la tela, ahuecó los volantes, y salió con aire ligero y apresurado.

Lorenza volvió á sentarse en su lugar acostumbado; tomó otra labor; pero no pudo meter la aguja; sus ojos se llenaban de lágrimas; su corazon rebotaba de dolor; y con la frente en las manos, repetia desde el fondo de su alma:

—¡Dios mio! ¡Por qué no me ama mi madre? ¡Ah! ¡Si me amase cual ama á Isela! Yo soy su hija, tambien ella me ha criado, ¡y sin embargo no piensa en mí!

Revelaban estas palabras el pensamiento continuo, el incesante pesar de Lorenza. No tenia mas parientes que su madre; la amaba con toda la fuerza del deber, con todo el calor de su alma, expansiva y juvenil.

Sentia tambien un vivo afecto por Isela, su hermana de leche, la compañera de los juegos de su infancia; y un respetuoso y tierno reconocimiento por el conde y la condesa de Breat, sus amos y protectores.

Sus afectos puros, sus inocentes pensamientos no salian de este círculo, que era su universo; y no pedia mas á la vida que el amor de su madre, y la constante benevolencia de Isela y de sus parientes. Pero Ana no parecia comprender de ninguna manera el corazon y la ternura de su hija. Sombria, meditabunda, inquieta, no parecia preocupada sino del servicio de Isela, á la que se hallaba especialmente dedicada: una sonrisa, una palabra, una mirada de aquella jóven bastaban para turbarla, y destruian de concierto su alma y sus facciones; y poco á poco la existencia y los tormentos de aquel extraño afecto habian cansado á la que era objeto de ellas.

Lorenza se hubiera reputado feliz con obtener la menor parte en aquel amor, que su madre derramaba sobre otra; pero eran vanas sus aspiraciones. Mostrábase siempre su madre con ella fria, reservada, silenciosa, sin expansion y sin caricias, y aun parecia que los besos de su hija no despertaban en su corazon sino un sentimiento inexplicable y penoso. Rechazada así por la sola alma que ella hubiera buscado por refugio, Lorenza se habia formado una vida aparte, vida de trabajo, de oracion, de reflexion; se habia engrandecido y fortificado su alma en la soledad; y aunque no hubiese recibido mucha instruccion, su alma se habia iluminado por la lectura asidua y constante de algunos buenos libros; y en este comercio habitual con Dios y

con los grandes genios que ha honrado el mundo, se habia hecho capaz de toda la abnegacion y de todos los sacrificios.

II.

La muerte

Han pasado muchos meses. El palacio de Breat se hallaba silencioso; una sola ventana tenia luz; era la de la alcoba de Ana; la doncella enferma hacia seis semanas, y cuyo estado no dejaba la menor esperanza de vida. Velaba Lorenza á la cabecera de su cama; alarmada y desolada tenia sus ojos clavados sobre el rostro pálido de su madre, que en aquel momento parecia ligeramete adormecida; empero los inquietos cuidados que habian pesado sobre su vida, velaban todavía en ella; sus cejas arqueadas, su boca contraída, las gotas de sudor que caian de sus descarnadas sienas, descubrian el sufrimiento físico y los padecimientos morales. No disfrutaba de reposo en el reposo mismo; y Lorenza contemplaba con un dolor, mezclado de algun terror, aquella frente moribunda. en que se pintaban todavía tantas tempestades.

En fin, algunos movimientos convulsivos anunciaron el despertar, y un sordo gemido mostró que la enferma habia vuelto á entrar en posesion de sus dolores.

—¡Dios mio! suspiró. ¡Cuánto padezco! ¡Siento fuego en las entrañas! ¿Isela, ¿dónde está?

Lorenza se aproximó tímidamente, llevando en la mano una taza con un calmante.

—Déjame, dijo la madre: eso no me servirá de nada... Isela es lo que necesito. ¡Ah! Si Isela estuviese aquí...

—Madre, sabeis que la señorita está en Italia.. tratad de curaros pronto, para recibirla á su vuelta.

—¡Curarme! ¿Me curaré?

A esta pregunta corrieron las lágrimas de Lorenza, sin que pudiera contenerlas, y llevaron una repentina luz al alma de su madre.

—¡Debo morir! ¡Voy á morir! ¡Ha llegado el momento! Morir y comparecer delante de Dios...

Repitió muchas veces estas palabras con una indecible espresion de terror; sus facciones se descomponian; sus ojos vagaban en derredor de lá cama asustados, extraviados; y deteniéndose, en fin, sobre Lorenza, que estaba de rodillas, la moribunda la dijo:

—No puedo hablar, no puedo... pero tráeme la caja negra...

Obedeció maquinalmente Lorenza. La caja negra era un cofrecito de cuero, que habia servido de neceser en otro tiempo, y cuya llave jamás salia del bolsillo ó de debajo de la almohada de Ana. Cogióla con esfuerzo de debajo de

su almohada; abrió con mano trémula el cofrecillo, y sacó un papel amarillento.

—Lée, dijo á Lorenza; tú debes...

No pudo terminar, y perdió el conocimiento. Llamó Lorenza á las demas criadas de la casa. Empleáronse los medios mas enérgicos, largo tiempo sin éxito; en fin, á las convulsiones espasmódicas siguió un completo aplanamiento, que parecia un sueño ó la muerte. El médico dijo á Lorenza, cuyas desoladas miradas le preguntaban:

—Cuando salga vuestra madre de este estado de sopor, serán contadas sus horas; si tiene algo que arreglar es preciso que piense en ello.

Salió, y Lorenza permaneció sola cerca de aquel teatro de agonía. Largo tiempo lloró y oró; pero al fin su memoria le recordó aquel papel que su madre queria que leyese, y llevada del deseo de obedecerla por última vez, se puso á buscar la caja negra. La encontró sobre la cama misma donde habia quedado, y cogió de ella el papel... Encerraba algunos renglones, escritos en caracteres inciertos y vacilantes, pero que Lorenza reconoció sin embargo; era la letra de su padre:

«Al señor conde y á la señora condesa de Breat.

»Mis queridos y respetables amos y señores: En el momento de morir me obliga mi conciencia á haceros una confesion muy terrible para mí. Isela no es vuestra hija, sino la nuestra: Lorenza es vuestra hija verdadera. Mi mujer, aprovechando vuestro largo viaje á Bretaña, en la época en que criaba estas dos criaturas que tenian cierta semejanza, ha sustituido nuestra hija á la vuestra, con el designio de hacerla rica y feliz. Yo he caido en pecado por debilidad; pero este crimen me ha hecho miserable entre los miserables. Escribo al menos esta declaración en mi lecho de muerte, y ruego y conjuro á mi mujer que os la entregue, y repare nuestra comun falta. Perdonad, mis queridos amos, á un desgraciado criminal, y no abandonéis su hija que por tan largo tiempo habeis llamado la vuestra.

»Juro ante Dios, que he dicho la verdad.

FELIPE LEFEBRE.»

Lorenza habia leído de una sola ojeada. Palpitante, fuera de sí, exclamó:

—¿Seria esto verdad? ¡Qué! ¿Tendré yo tal padre y tal madre? ¿Podria ser amada? Pero, ¿es esto verdad? ¿Es verosímil? ¿Me hubiera engañado mi madre? Pero, ¿quién es mi madre?

Perdíanse sus ideas; todos los sentimientos de su alma se hallaban trastornados. Un movimiento confuso la arrastraba ya hácia aquel padre y aquella madre, que acaban de designar á su amor, y los recuerdos de toda una vida, los imperiosos afectos del corazón la volvian á

atraer hácia aquella desgraciada mujer, á quien por tan largo tiempo habia profesado un culto filial.

—¡Dios mio, esclamó en su angustia; iluminadme, dirigidme!

Un sordo gemido respondió á su oracion. Ana habia salido de su sueño. Sus ojos, donde se encontraba un resto de vida, hallábanse clavados sobre el papel que Lorenza tenia todavía en las manos, é inarticuladas quejas salieron de su pecho.

—¿Has leído? le dijo al fin.

Lanzóse sobre ella Lorenza, y esclamó:

—¿Dice verdad esta carta?

—La verdad; tan verdad como Dios está en los cielos, respondió la moribunda; y volvió á caer aterrada por aquella suprema confesion. La señal que llevas en el hombro te hará reconocer de tu madre.

Lorenza no pudo hablar. Hallábase abismada con aquella revelacion, y su alma generosa tenia compasion del crimen y de la humillacion de aquella á quien durante veinte años habia venerado como madre.

Ana de Lefebre recobró la palabra con voz desfalleciente.

—¿Qué vais á hacer? ¿Despediriais á Isela? ¿La echariais de casa? ¿Quedaré pobre, abandonada? ¿No habrán servido de nada mi falta y mis pesares?

—¡Oh! esclamó Lorenza inclinándose hácia ella, y estrechándola en sus brazos: no hableis así, no temais nada por Isela; pero pensad en vos misma; reconciliaos con Dios, que está dispuesto á perdonaros; permitid que haga venir un sacerdote. ¡Ah! No os negueis á ello.

—¡No, respondió la moribunda; no puedo pensar en Dios, no puedo pensar mas que en mi hija! ¡Oh! ¿Por qué habré hablado? ¿Por qué no habré muerto con mi secreto?

—¡Dios no lo ha querido! dijo Lorenza con voz grave: ha querido que recibieseis su perdón y el mio. ¡Madre mia, no sabré daros otro nombre, no rechazéis la misericordia del Señor!

Y hablaba así con las manos juntas y los ojos inundados de llanto, semejante á un ángel de paz, al lado de aquel lecho de desesperacion y de agonía. Empero ella nada oia; las violentas pasiones que habian agitado á Ana durante su vida, turbaban sus últimos instantes. Su amor maternal, que nada habia satisfecho, la envidia, la ambicion, á las que habia inmolado su conciencia, cubrian con un velo á sus ojos el juicio de Dios, y la temible próxima eternidad.

—¡Oh, Dios mio, dijo Lorenza, ha de morir así!

Al suspirar estas palabras encontraron sus ojos un Crucifijo, esa interesante imágen del sa-

crificio de sí propio, y una voz secreta agitó todas las fibras de su alma. Obedeció á aquel divino y misterioso ascendiente, y aproximándole á la moribunda, cuyos últimos esfuerzos se gastaban en aquella terrible lucha, la dijo:

—Madre mia, estad en paz; Isela no quedará despojada; guardaré un eterno silencio sobre lo que acabais de revelarme; lo juro sobre este Crucifijo.

—¿Harás eso?

—Sí, lo juro: pero reconciliaos con Dios. — ¡Ah, Lorenza! dijo la moribunda vencida; no puedo mas que obedeceros. ¡Qué mas hacia Dios: tú eres un ángel, y yo una miserable!...

(Se continuará.)

JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

TEATROS.

Han trascurrido algunas semanas sin que vuestra cronista de espectáculos os haya dado cuenta, queridísimas lectoras, de las últimas novedades teatrales.

Tiene, pues, con vosotras cuentas atrasadas, y para saldarlas como es debido, permitidle que vuelva la vista atrás, y que al mismo tiempo que os hable de lo nuevo, os recuerde quizás lo que habeis olvidado.

En el tiempo que ha trascurrido desde mi última revista se han estrenado dos obras en el Circo, una en Variedades, otra en la Zarzuela, y otra por fin, en el Coliseo de la Plaza de la Cebada.

La primera que por su pensamiento os interesa mucho se titula: *Salir sola*, y es una elocuentísima leccion para las jóvenes recién casadas que llevan entre otros al santo lazo conyugal el deseo de conocer por cuenta propia lo que es la autonomía, palabra que por su novedad y su armonía imitativa parece ser el fruto prohibido de muchas desposadas.

La comedia no está bien combinada, no es una obra maestra, pero su idea es tan moral, su fábula tan entretenida, que estoy segura de que aunque haya bajado al Panteon, la recordarán con gusto todas las que hayan pecado como la heroína de esta obra.

La moraleja que se desprende de esta comedia es altamente saludable. La esposa, que cediendo al impulso de un capricho, abandona la protectora compañía de su cariñosa mitad, se vé espuesta no solo á la persecucion de esos in-

finitos desocupados que inundan y entorpecen las calles de las capitales, sino que se ve precisada á engañar á sus esposos, y esta falta, con la que tratan de encubrir otra menos censurable, puede ser causa de infinitos disgustos en el hogar doméstico, y lleva por de pronto la perturbacion á la fidelidad que se deben los que se hallan unidos por el bendito lazo del matrimonio.

La segunda comedia, siguiendo al hablar de ellas el órden de antigüedad, es la que se titula *Escenas íntimas*, debida á la ingeniosa pluma de un poeta de verdadera inspiracion.

El objeto de esta obra es demostrar que la felicidad del amor conyugal no se consigue con los extremos. El autor nos presenta dos matrimonios, amartelado el uno, indiferente el otro; y despues de varias y entretenidas peripecias no consiguen la paz y la ventura, que se arrebatan con sus tendencias exageradas, hasta tanto que cediendo cada uno de su parte, y colocándose en un justo medio, se convencen de que hay que dar al César lo que es del César.

Enrique Gaspar, que es el feliz autor de esta comedia, la ha presentado al público ataviada con una versificacion tan galana y chispeante, que á pesar de sus defectos, hijos de la inesperienza del poeta dramático, hacen interesante su trabajo.

Sigue en el órden cronológico la zarzuela *Los Dioses del Olimpo*.

Es una parodia divertidísima, donde lo inverosímil y lo absurdo toman las formas reales de lo burlesco, y constituyen un conjunto, sino muy literario, por lo menos gracioso.

El espectáculo de las divinidades olímpicas, convertidas por obra y gracia de un poeta humorístico, en personajes de carne y hueso, con todas las debilidades, las impertinencias y los caprichos de los míseros mortales, las luchas que sostienen entre sí, las indirectas y alusiones de todas clases que dirigen á nuestra sociedad, y todo esto salpimentado con la agradable, ligera y bulliciosa música de Offembach, ha hecho pasar á los espectadores algunas horas entretenidas, y lo que es mas, ha producido grandes y merecidas entradas á la empresa.

Al mismo tiempo que en el teatro de Jove-llanos nos conducian los actores á las regiones del Olimpo, tres ingenios de esta córte, con una prevision laudable, y deseando que el salto no fuese tan peligroso ó por lo menos tan elevado, se contentaban con dejarnos en las regiones de la luna, y nos ponian en relacion con sus extraordinarios habitantes.

Los habitantes de la luna, son, con efecto, un espectáculo muy nuevo para nosotros, que en achaques de lunas no hemos sabido nunca mas que quedarnos á la de Valencia.

Si esta comedia, de mágia, por supuesto, cumpliera lo que su título promete, hubiera el público pasado momentos agradables asistiendo á su representacion. Pero no tiene mas que título, y ha desaparecido de la escena con el cuarto menguante de la luna de marzo.

Por último, en el Circo se ha estrenado hace poco, á beneficio del distinguido artista D. Joaquín Arjona, una comedia en cinco actos, arreglada del francés, titulada *Un banquero*, y que no es otra cosa que un profundo y atinado estudio de un carácter moderno, que el retrato de una de las figuras mas notables de nuestra época, de uno de los personajes mas interesantes de la comedia social contemporánea.

Su autor ha querido encarnar en esta obra el frío escepticismo de nuestros tiempos, y nos ha presentado un hombre que ha llegado á la fortuna por medio de un crimen, explotando los sentimientos mas puros de cuantos le rodean, convirtiendo por especulacion á los estraños y por fatalidad hasta á sus propios hijos en instrumento de su codicia, y de la sed de goces materiales que le devora.

Su espiacion es terrible, pero merecida.

En esta obra parece la figura de la hija del banquero un ángel enviado por Dios al seno de aquella familia desgraciada para purificarla y enaltecerla.

Si esta comedia vuelve á representarse, fijad vuestras miradas, lectoras mias, en esta hermosa niña, que es un modelo de virtud y de ingenuidad, de bondad y belleza.

Pepita Hijosa, interpretando este papel está admirable. Su gracia, su inteligencia, su inspiracion tienen ancho campo para lucir, y el público la colma de entusiastas y merecidos aplausos.

En el Príncipe han cesado las representaciones de *Venganza catalana*, y la empresa ha vuelto á poner en escena la inolvidable comedia de Breton *La Hipocresia del vicio*.

Tambien se ha estrenado con poca fortuna una comedia en un acto titulada *Un beso y un bofetón*. En este mismo coliseo se está ensayando una comedia del Sr. Pinedo con el título de *Secretos de tocador*. Quizás no será nuevo su argumento para vosotras, quizás lo sea tanto que os cause novedad el argumento de esta produccion. Cuando se represente os daré cuenta de ella.

Para terminar esta revista, que mas parece un inventario, os diré que el martes último obtuvo un brillante y merecido triunfo la inspirada cantante señora Borgi-Mamo en la funcion de su beneficio.

Cantó la distinguida artista el primero y cuarto acto de la *Favorita*, el último de la *Saffo*, y dos canciones españolas con tanta maestría, con tanta gracia, con tanto colorido, con tanta ins-

piracion, que, francamente lo confieso, hace mucho tiempo que no he asistido á una solemnidad musical tan interesante y tan grandiosa ¡Ramos, flores, coronas, poesías, todas las formas del entusiasmo bajaron al proscenio á rendir homenaje al artista.

La baronesa de Hortegea, que tanto se distingue por su amor á la música, le regaló una preciosa lira de plata.

Grande fué la ovacion y de seguro que no la olvidará tan pronto.

Se dice que ha sido contratada para cantar en los Campos Elíseos. Si tal sucede, no dudo que sus apasionados la seguirán hasta allí, aun cuando tengan que pagar á Aqueronte el precio del pasaje de la laguna Estigia.

Y sin mas por hoy, pidiéndoos que le perdoneis la precipitacion de su reseña, se despide deseándoos, á vosotras, flores de la elegancia y del buen gusto, una dichosa primavera, vuestra cronista de teatros,

UNA MADRE DE FAMILIA.

ESPLICACION

Y APLICACION DEL FIGURIN DE MODAS.

Trages de primavera.

FIG. 1.^a—*Trage de recibir*: Vestido de seda negro, sembrado de florecitas blancas: falda guarnecida de un volantito de la misma tela, rizado á tablas iguales, y colocado al aire: este volante, está orillado de tafetan blanco en el borde inferior, lo mismo que el extremo de la falda que está ligeramente ondeado.

Sobre este volante, van colocadas unas cruces de glasé negro, orilladas de glasé blanco, y sujetas en el otro por un boton de glasé blanco: estas cruces deben colocarse de modo, que el medio de cada una venga á caer sobre la costura de cada paño de la falda.

Cuerpo de talle redondo con cinturon de cinta negra muy fuerte, y que tenga ambas orillas blancas: se cierra con un broche de oro.

Mangas casi ajustadas, adornadas en la parte superior y en la inferior de cruces que armonizan con las de la falda, pero mas pequeñas.

Cuello y mangas interiores de encaje blanco, adornados de encajitos negros muy estrechos.

Gorra de tul-blonda negra con algun encaje blanco de fondo flojo y descendente; esta cofia está guarnecida de encaje chantilly, mezclado de terciopelo punzó, que forma diadema sobre la frente, y descende en largas bandas hasta el talle.

Mas propio que de la juvenil, graciosa y risueña figura que presenta nuestro grabado,

nos parece este trage sencillo y casi severo, de una señora de avanzada edad: una viuda jóven y encantadora, no elegiria otro para recibir á sus amigos el dia que por primera vez dejase el trage negro. Nada hay en él que no esté ajustado á todas las leyes del buen gusto, y nos parece muy lindo para alivio de luto, reemplazando el terciopelo punzó de la gorra con cinta de raso gris, ó suprimiendo del todo la gorra, que puede ser reemplazada por algunas lazadas de terciopelo negro.

FIG. 2.^a—*Trage de paseo y visita*: Vestido de glasé azul emperatriz, guarnecido en la parte inferior de la falda por un volante, rizado á tablas y colocado de modo que forme ondas: cada una de estas ondas, está sujeta por una roseta de encaje negro, cuyo centro le ocupa un boton de glasé azul de la tela del vestido.

Cuerpo de punta por delante y con aldeta por detrás cuadrada, que forma tres gruesos pliegues: mangas ajustadas y adornadas en la parte superior y en la inferior por dos conchas parecidas á las de la falda, pero mas pequeñas: la primera de estas forma una graciosa hombrera; la segunda sirve de vuelta á la manga, y ambas van sujetas con rosetas de encaje y botones de un tamaño proporcionado.

Cuello de batista y mangas de la misma tela, adornadas de dos volantitos encañonados.

Sombrero de tul blanco bullonado, adornado sobre el lado izquierdo del ala por una rama de campanillas azules con follaje verde oscuro: el interior está adornado con las mismas flores.

Guantes color de oro subido.

Este trage es propio de señorita, y elegante por su sencillez y frescura: para usarle en España, debe añadirsele un lindo paletot de glasé negro casi entallado, y guarnecido de guipur estrechito ó flequillos de seda.

Suprimiendo el sombrero, y llevándole á cuerpo es lindísimo para reunion de confianza, teatro y convite; y últimamente será muy bonito, llevándole con un velo de tul liso, ó con pequeñas mosquitas, para paseo y visitas.

Si agrada á alguna señora casada, será del mejor gusto sustituir las rosetas de encaje con otras de pasamanería negra con borlitas.

En este caso el paletot, chal, ó manteleta, podrán ser adornados con toda la suntuosidad que se desee.

PAMELA.

Por todo lo no firmado,

MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Editor propietario, JOSÉ MARCO.

MADRID: 1864.—IMPRESA ESPAÑOLA, TORIJA, 14.